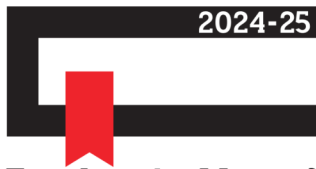




28° Premio de
Cuentos

2024-25



Fundación Mainel

El mundo que quieres

Inspírate con
los relatos de
esta edición



Fundación
Mainel

solidaridad y cultura transformadoras

La Fundación Mainel
es una institución privada,
independiente y sin ánimo
de lucro que trabaja por
las personas desde 1990,
principalmente en dos ámbitos
de actuación: cooperación
al desarrollo y cultura.

Este Premio de cuentos se creó
en 1997. Desde entonces,
promueve en el ámbito
escolar la **creatividad literaria**
y la reflexión en torno a temas
vitales como la **solidaridad**,
los **derechos humanos** o el
respeto al **medioambiente**.



Con el apoyo de



fnac

ISBN 9781234567897



XXVIII PREMIO
DE CUENTOS
FUNDACIÓN MAINEL

El mundo que quieres

Valencia, abril de 2025

Diseño de cubierta: Selenus

© Fundación Mainel, 2025

Porta de la Mar 6, 2º – 8ª. 46004 Valencia

Tel.: 96 392 41 76

fundacion@mainel.org

www.mainel.org

ISBN: 978-84-95947-50-5

Depósito legal: V. 2627-2025

Imprime: Imprenta Nácher, S.L.

Índice

Presentación	07
Prólogo	09
Fallo del Jurado	11
1ª Categoría (11-13 años)	
<i>Lo que escucha el río</i>	15
Sofía Martínez Pegueroles	
<i>El camino hacia la igualdad</i>	21
Rocío Barba Mesonero	
<i>Los sueños de Sofía</i>	29
Melina Sánchez Ficicchia	
2ª Categoría (14-16 años)	
<i>El eco de las estrellas</i>	39
María Dolores Valldecabres González	
<i>La carta llegó a su destino</i>	45
Naiara Ruesgas Alonso	
<i>El olivo de la pradera</i>	55
Inés Piquer Amorós	
3ª Categoría (17-18 años)	
<i>Más allá de la sangre</i>	63
Marina Raposo do Prado	
<i>Voz de un pueblo sordo</i>	73
Paula Moreno Omeñaca	
<i>El color de una sombra</i>	83
Inés Navarro Feliú	

Presentación

La Fundación Mainel, nacida en 1990 con el objetivo de fomentar una cultura y solidaridad transformadora desarrolla cada año multitud de proyectos de cooperación al desarrollo, acción social, educación y culturales. De la mayor parte de ellos, destacamos su continuidad en el tiempo, y el Premio de Cuentos Fundación Mainel es, precisamente, buen ejemplo de ello, pues cerramos con esta publicación la 28ª edición.

Y, por supuesto, por mucho empeño que nosotros pongamos año tras año, el mérito de su existencia es de docentes y educadores que confían en la Fundación Mainel y sus valores y, por supuesto, de la juventud que dedica un tiempo a la reflexión sobre el mundo que quiere para su futuro y a plasmarlo juntando unas cuantas letras.

Muchas gracias porque nos hacéis despertarnos con vuestros desvelos, vuestras historias, vuestros sueños... Nuestro Premio no sería sin vosotros.

Y si hay una palabra que define esto es sin duda “ubuntu”. Ubuntu es un vocablo africano que proviene de las lenguas zulú y xhosa y viene a significar algo así como “Yo soy porque tú eres, y tú eres porque nosotros somos”. Según Desmond Mpilo Tutu, un clérigo y pacifista sudafricano que luchó contra el apartheid, una persona con ubuntu es abierta, está disponible para las demás y está segura de sí misma, ya que sabe que pertenece a una gran totalidad, que se decrece cuando otras personas son humilladas o menospreciadas, cuando otras son torturadas u oprimidas.

Ojalá que estos cuentos nos ayuden a entenderos con fraternidad. El mundo necesita más personas con ubuntu, que busquen la paz y deseen el desarrollo de todos los pueblos, y menos rivalidades entre hermanos.

Jorge Sebastián Lozano
Presidente de la Fundación Mainel

Prólogo

En las siguientes páginas encontrarás los relatos ganadores del 28º Premio de Cuentos de la Fundación Mainel. Son los mejores de los más de 350 recibidos en esta edición, de acuerdo con el criterio del Jurado, que este año ha estado presidido por Antonio Egea Vivó, periodista y exdelegado de Iberdrola en la Comunitat Valenciana, y compuesto por Lurdes Bretones, periodista y vicepresidente de la asociación Mujeres Periodistas del Mediterráneo (MPM); Héctor González, director del Periódico de Aquí y presidente de la Asociación Profesional de Periodistas Valencianos (APPV); Miguel Ángel Jordán, profesor, escritor y conferenciante; y María José Medialdea, vicepresidenta de Mujeres Periodistas del Mediterráneo (MPM) y responsable de Comunicación de la Fundación Mainel. A todos ellos, agradecemos su generosa contribución.

Y, por supuesto, aplaudimos la ilusión de quienes han plasmado en papel las ideas que rondaban su imaginación. También a su implicado profesorado, que les ha incitado y apoyado para hacernos llegar todas estas historias que ahora tú vas a disfrutar.

Fundación Mainel

El jurado compuesto por Antonio Egea Vivó, periodista y exdelegado de Iberdrola en la Comunitat Valenciana; Lourdes Bretones Ceballos, periodista; Héctor González, director del Periódico de Aquí; Miguel Ángel Jordán, profesor, escritor; y María José Medialdea, periodista y responsable de comunicación de la Fundación Mainel, ha anunciado los relatos ganadores de esta edición.

1ª Categoría (11-13 años):

Primer Premio: Sofía Martínez Pegueroles

IES Juan Bautista Porcar (Castellón)

Segundo Premio: Rocío Barba Mesonero

Colegio Senara (Madrid)

Tercer Premio: Melina Sánchez Ficicchia

CC Pureza de María Inca (Mallorca)

2ª Categoría (14-16 años) :

Primer Premio: María Dolores Valldecabres González

Colegio Guadalaviar (Valencia)

Segundo Premio: Naiara Ruesgas Alonso

Colegio Vizcaya (Barakaldo)

Tercer Premio: Inés Piquer Amorós

Escuelas San José-Jesuitas (Valencia)

3ª Categoría (17-18 años) :

Primer Premio: Marina Raposo do Prado

Escuelas de San José-Jesuitas (Valencia)

Segundo Premio: Paula Moreno Omeñaca

Colegio Guadalaviar (Valencia)

Tercer Premio: Inés Navarro Feliú

Colegio Guadalaviar (Valencia)

1ª Categoría

LO QUE EL RÍO ESCUCHA

Sofía Martínez Peguerols

En el largo silencio de este día me he despertado por culpa de un chapoteo en la orilla.

Soñaba con pececitos nadando por mis cristalinas aguas; con personas curiosas investigando mi interior; con pescadores atrapando peces con sus cañas y redes; y con las ramitas de los matojos rozando mi piel.

Todo eso hasta que unos piececitos pisaron mi agua fría. Corren y saltan bruscamente sin parar. Unos pies que tienen dueña. Una niña pequeña que vive a mi lado, al lado del río.

Atravieso una gran ciudad llena de edificios altos, rodeados de lujos, barrios abarrotados de gente paseando y comprando en sus tiendas caras, porque disponen de un gran nivel económico, parques con niños felices que se divierten con sus juguetes nuevos.

Pero también hay una parte oscura que no se ve. Barrios peligrosos rodeados de violencia, alcohol...

Barrios llenos de escombros, casas semidestruidas, abandonadas, con las calles repletas de basura y suciedad.

Barrios humildes de personas trabajadoras que pasan muchas penurias. Es en uno de estos barrios donde vive la niña que me visita todos los días, donde encuentro las historias más reales, tristes y que me causan más dolor. Familias desestructuradas, malos tratos, discriminación, desigualdades, enfermedades y, lo peor, el hambre. Veo rostros sin brillo, ojerosos sin sonrisa ni esperanza.

Es una jovencita con muchos sueños, que poco a poco se están desvaneciendo. Viene todas las noches, justo antes de dormir; se acerca lentamente con una diminuta toalla naranja entre sus manos y con lágrimas en sus ojos castaños. Se sienta en la orilla, rodeada de largas plantas que le rozan la espalda, se lava con cuidado los pies mientras me cuenta su día, sus sentimientos, sus miedos, sus sueños...

Soy su mejor amigo, y ella mi mejor amiga.

Entre ese tiempo yo muevo unas diminutas olas que le dibujan una sonrisa en su cara suave y hacen que se sienta mejor.

Su casa es muy pequeña, no hay espacio para correr, para jugar, ni para descansar. Su familia no tiene mucho dinero, por eso viven en esta cabaña de madera. Hay muy pocas habitaciones y la mayoría del tiempo están discutiendo.

Conozco a toda su familia. Tanto a sus hermanos como a ella los considero como si fueran mis hijos, ya que los he visto crecer. Desde el día que su madre les trajo en brazos a cada uno de ellos hasta hoy.

Vive con sus padres, con dos hermanas y dos hermanos. Los padres trabajan todo el día para poder dar de comer a sus hijos.

La madre se despierta pronto y camina muchos kilómetros hasta llegar a la ciudad, donde busca la casa que le toca limpiar. Ella es una mujer como muchas otras, que podría haber sido reina si no hubiera tenido tantos problemas. Si la pobreza no hubiera entrado en su vida; si no hubiera tenido que trabajar tan duramente para mantener a su familia e intentar sobrevivir; si no hubiera tenido que luchar por su vida y por la de sus hijos.

El padre rápidamente, después de despertar a los niños, se va caminando a la obra, donde está todo el día. No descansa y trabaja muy duro para que le den poco sueldo, algo que no debería pasar; gente que se esfuerza, pero que al final no consigue la recompensa que se merece.

Los hermanos se van andando al colegio, donde llegan cansados, pero tienen que fingir una sonrisa. Una sonrisa que tienen que forzar para que nadie les pregunte porque están tristes; una sonrisa que esconde un rostro agotado y roto; una sonrisa que nunca saldrá verdaderamente; una sonrisa falsa que les protege de las preguntas que no saben contestar. Ellos se comparan con sus compañeros y piensan que no valen nada al lado suyo, por las condiciones de su vida.

Al llegar a casa ayudan en las tareas de casa y estudian. El hermano mayor trabaja muchas horas en restaurantes de comida rápida en la ciudad, o repartiendo pizzas.

Algunos días comparten la comida. Semanas que pasan hambre y estómagos que rugen queriendo alimentarse.

Los padres llegan tarde, casi a medianoche. Cierran la puerta bruscamente, escucho el portazo que dan al entrar. En ocasiones

distingo gritos y llantos, seguido de discusiones. La situación a veces es insostenible, es muy difícil llegar a fin de mes. El cansancio y las preocupaciones empeoran su día a día. Me gustaría ayudarles, pero no sé cómo.

Al final del día, viene mi momento favorito, la pequeña se acerca y empieza a hablar. Soy como su diario, que no tiene hojas, ni puedes rayar; pero con olas y peces como el mar.

Pero hoy es demasiado temprano; no sé por qué está aquí.

Hoy está más nerviosa, viene llorando hacia mí, casi no puede respirar.

Intenta hablarme, pero no puede; tiene un nudo en la garganta que no puede romper. Es uno de esos momentos en los que contienes la tristeza en tu interior y cuando estás dispuesta a hablar, no puedes, porque si no, estallarás, tus lágrimas saldrán con fuerza y no podrás parar.

La niña coge aire y empieza a contarme lo que ha pasado. A su padre le van a trasladar por su trabajo y todos han decidido acompañarle para ver si tienen mejores oportunidades. Se van a otra ciudad, una que no conozco.

Sentía que todo le iba mal y que no volvería a ser feliz. Su familia estaba perdida y las piezas de su puzle no encajaban a la perfección. Me gustaría poder eliminar toda su tristeza y ayudarla, pero no puedo hacerlo. Le deseo un buen viaje y que pueda alcanzar la felicidad que se merece. Tal vez no vuelva a verla.

...

Años después, una tarde de verano, noté un chapoteo seguido de varias risas y gritos de niños. En un primer momento me sorprendí pensando quién se atrevía a bañarse en mis aguas; hacía

tanto tiempo que nadie lo hacía. Cuando miré a los niños me fijé en una mujer joven. Su cabello castaño había crecido. Me di cuenta que en sus ojos marrones color avellana había un brillo que sustituía la tristeza por la alegría, sin ojeras, ni gestos de cansancio, ni arrugas de preocupación. En su rostro resaltaba su gran sonrisa.

Vestía con colores muy llamativos y alegres que dejaban ver su cuidada figura.

No pude evitar sentir una profunda alegría al recordar quién era. La reconocí: era la niña de hace años que había regresado. Acompañada de sus dos hijos, unos niños sanos, alegres y juguetones. La hija era una copia de ella y el niño bastante risueño y deportista.

Volvió a sentarse en la orilla, lavándose los pies y me contó que era feliz, que la situación de su familia había mejorado, se había casado y había tenido hijos.

Me alegré de ver el cambio positivo en su vida, ya que había logrado mejorar y cumplir sus sueños, aquellos que me contaba y que parecían inalcanzables.

Ahora vivía en una casa con jardín, había finalizado los estudios y había encontrado un buen trabajo en la ciudad.

Atrás quedaron los malos momentos, las semanas sin comer y la sensación de frío constante, las noches en la cama compartida con sus otros hermanos y las preocupaciones por la falta de dinero.

Todos habían logrado salir de ese lugar oscuro y solitario, habían conseguido encontrar una salida y hallar la felicidad.

FIN

EL CAMINO HACIA LA IGUALDAD

Rocío Barba Mesonero

Era una tarde muy calurosa de verano cuando Clara se sentó en el banco del parque. Miraba a los niños jugar cerca de la fuente, corriendo y saltando sin preocuparse por el calor. Pero aunque el aire estaba muy caliente, Clara sentía que había algo mucho más pesado en su corazón. Había algo en su pueblo que siempre había estado ahí, pero ese día lo sentía más fuerte que nunca. Mientras veía a los niños de su colegio jugar, se dio cuenta de algo que no podía dejar de pensar: algunos niños tenían ropa nueva y bonita, mientras que otros apenas tenían zapatos buenos. Los niños con más dinero vivían en el centro del pueblo mientras que los otros niños casi sin recursos viven en las afueras en casa humildes, olvidadas, pero llenas de amor. Había una gran diferencia entre ellos. Algunos tenían muchas cosas y otros casi no tenían nada. Clara no podía entender por qué era así. ¿Por qué algunas personas tenían tanto y otras tan poco?

Era algo que siempre había notado, pero ese día le dolió más. “¿Por qué tiene que ser así?”, pensó Clara, mientras veía a unos niños disfrutar de su día sin preocupaciones, mientras otros estaban pensando en cómo conseguir algo para jugar o si tendrían para cenar lo mismo de siempre. “¿Por qué unos pueden ir a la universidad y otros no?”, se preguntó, observando a los chicos con zapatos nuevos, a los que les era más fácil soñar con un futuro brillante. Clara no podía aceptar que la vida de unas personas estuviera marcada por el dinero y otras simplemente no tuvieran las mismas oportunidades.

Clara se levantó de golpe del banco y comenzó a caminar por el parque, mirando hacia el suelo. Algo en su cabeza empezó a girar, como si hubiera tenido una idea fantástica. No quería seguir mirando las diferencias sin hacer nada. ¿Y si pudiera hacer algo para cambiarlo?, pensó. De repente, tuvo una idea. No era una idea cualquiera, era algo que cambiaría la forma de ser de ese pueblo, ya no habría tantas diferencias y si todo salía bien no solo sería allí sino que poco a poco cambiaría el mundo.

Clara pensó que la gente podría donar cosas, pero no sólo las personas más ricas, sino todo el mundo.

Lo llamaría “El día del trueque” Imagínate que un niño quiere un tren de juguete, pero no tiene nada que ofrecerle a cambio y el niño al que le pertenece el juguete es muy malo en las mates: pues ellos harían un intercambio, el niño le da el tren y recibe clases de mates de parte del otro niño y el otro se beneficia ganando un juguete, parecía sencillo pero...

Al día siguiente, Clara llegó al colegio con una determinación que nunca antes había sentido. Su corazón latía rápido, pero no de miedo, sino de emoción. Sabía que estaba a punto de hacer

algo grande. No podía quedarse de brazos cruzados mientras veía a sus compañeros vivir en mundos tan diferentes solo por el dinero o por el lugar en el que nacieron. Sabía que tenía que intentarlo, aunque tuviera miedo por si su propuesta era rechazada.

Reunió a algunos de sus amigos más cercanos durante el recreo. Les contó lo que había estado pensando: crear un día donde todos los niños, padres y familias consiguieran al menos algo que les beneficiaría. Clara quería que todos pudieran compartir lo que sabían, sus libros, su tiempo y su conocimiento, para que nadie se quedara atrás. La idea era que los niños no tuvieran colegio ese día y que el intercambio se celebrara allí, esa era la parte más complicada, pero pensó que con la ayuda de sus amigos lo conseguiría.

Al principio, algunos de sus amigos no entendieron muy bien cómo funcionaría todo eso. Uno de ellos, David, se mostró un poco preocupado.

—¿Y cómo vamos a convencer a todos los demás de que esto funcione? —preguntó, rascándose la cabeza.

Clara no dudó en su respuesta. Sabía que no podía hacerlo sola. Necesitaba que todos se unieran, que el proyecto fuera de todos y no solo de ella. Decidió hablar con la directora, la señora Marta, y explicarle su idea para ver si podía ayudarles a organizarlo.

Ese mismo día, Clara se acercó a la oficina de la directora con un poco de miedo, pero sabiendo que debía intentarlo. Cuando le explicó todo lo que tenía en mente, la señora Marta la miró en silencio por un momento. Clara temió que pensara que estaba loca por intentar algo así.

Pero para su sorpresa, la directora sonrió.

—Clara, lo que propones es un proyecto realmente ingenioso. Vamos a organizarlo. Juntos podemos hacer que todos los niños del colegio participen, y luego, si todo va bien, podríamos llevarlo a todo el pueblo.

Clara casi no podía creer lo que oía. La directora estaba a su lado. ¡Era su oportunidad de hacer algo realmente importante!

En los días siguientes, Clara y sus amigos comenzaron a preparar el proyecto. Organizaban reuniones con los demás estudiantes, explicándoles cómo funcionaría el Trueque: Se dividiría en dos zonas: la zona de clases, que sería en el interior del colegio, y la zona de juguetes, libros, medicinas..., que sería en el patio del colegio. Se repartieron las tareas y, aunque no a todos, les gustara su puesto, lo admitieron sin queja.

Poco a poco, el proyecto “Día del Trueque” comenzó a tomar forma. Los estudiantes más listos se ofrecieron a ayudar a los más pequeños con las tareas. Los chicos con más recursos empezaron a traer libros y materiales, y las familias más humildes ofrecieron su tiempo para ayudar con la preparación del colegio para el gran día.

A pesar de algunos obstáculos y comentarios negativos de algunas personas que no entendían por qué era necesario, Clara se mantuvo firme. Sabía que no podía rendirse. Sabía que, si quería ver un cambio real, debía seguir luchando.

La noticia del proyecto comenzó a difundirse por el pueblo. Al principio, muchos se mostraron dudosos, como había pasado con algunos de los estudiantes, pero poco a poco, la gente empezó a comprender. Los adultos, los padres de los niños del colegio, comenzaron a involucrarse también. Algunos empresa-

rios del pueblo donaron dinero con el que se compró comida para repartir en el gran día. La gente de las afueras, la que vivía en las casas humildes, también comenzó a colaborar con lo que podían.

Ya estaba todo listo para el día siguiente, carteles, comida, libros, ropa, las clases estaban distribuidas de dos en dos y decoradas, todo estaba preparado así que al día siguiente la directora iba a inaugurar la feria, cuando pensó que no era justo que lo hiciera ella y llamó a Clara para que dijera unas palabras:

“Estoy muy orgullosa por haber conseguido todo esto, pero no lo hubiera hecho sin vuestra ayuda, gracias a todos y disfrutad del día”.

Las puertas del colegio se abrieron y todos entraron a verlo. Clara vio las caras de ilusión que tenían los niños pequeños, todos estaban disfrutando un montón pero cuando se giró hacia la derecha vio a una niña pequeña sentada debajo de un árbol, estaba llorando. Clara pensó que debía acercarse a ver lo que le pasaba, le dijo a David que la sustituyera y fue a ver a la pequeña.

Cuando llegó la niña estaba muy nerviosa pero Clara la tranquilizó, le dijo que no se preocupara y que todo iba a salir bien, pero que para que ella pudiera ayudarla debía contarle lo que le pasaba. La niña negó con la cabeza así que Clara le preguntó su nombre, se llamaba Sofía, a lo que Clara le dijo lo bonito que era su nombre y después de ese cumplido Sofía empezó a contarle:

“Un niño de mi clase me ha dicho que yo no puedo comer nada porque no he traído nada y cuando iba a coger una muñeca me la ha quitado de las manos y le ha arrancado un brazo”.

Clara comprendió porque Sofía estaba tan triste, el niño no había sido bueno con ella pero Sofía siguió contando:

“Después me he ido a buscar a mi padre cuando un grupo de niños me ha empezado a seguir gritándome que los pobres no

deben estar aquí porque lo único que podemos hacer aquí es molestar y comer y que no querían que hiciéramos eso”.

Clara sabía por qué había hecho todo eso: para que las diferencias entre ricos y pobres no existieran, pero se dio cuenta de que había personas a las que no había podido convencer; seguían pensando que las personas con dinero siempre iban a estar por encima de las personas pobres y entonces volvió al principio de todo. Ese día, sentada en el banco del parque cuando todo esto solo era un pensamiento, cuando pensaba en lo mal que hacíamos todos por definir nuestra vida dependiendo de cuánto dinero teníamos, pero ahora ya había llegado hasta aquí, no podía rendirse tenía que seguir. Si los niños no entendían que no se necesita dinero para ser alguien tenía que hacer algo, porque si no, todo esto no habría servido para nada.

Así que, sin pensárselo dos veces, se levantó, cogió el micrófono y dijo:

“Hoy no solo estamos aquí para intercambiar libros o juguetes, estamos aquí para aprender algo mucho más importante: que todos, sin importar cuánto dinero tengamos, o de dónde venimos, merecemos respeto y oportunidades. No quiero ver más niños tristes como Sofía, ni quiero ver que alguien piense que es menos por no tener lo mismo que otros. El verdadero valor de una persona no está en lo que posee, sino en lo que puede dar, en cómo trata a los demás. Así que hoy, mientras estamos aquí, recordemos que cada uno de nosotros tiene algo valioso que ofrecer, más allá de los juguetes, la ropa o los libros”.

Clara miró a su alrededor, vio las caras de los niños, algunos con los ojos brillantes, otros pensativos, pero al final todos estaban escuchando. Ella se sintió más fuerte, más decidida que nunca.

“Este día es solo el comienzo. Vamos a cambiar cómo vemos a los demás, vamos a empezar a ver más allá de lo material. Podemos ser amigos, podemos compartir, podemos ayudarnos, no porque lo que tengamos sea lo que nos defina, sino porque todos somos valiosos simplemente por ser quienes somos. Si trabajamos juntos, podemos construir un mundo mejor, uno en el que todos tengamos la misma oportunidad de soñar y de ser felices”.

Hubo un silencio, pero no uno incómodo, sino uno de reflexión. Los niños comenzaron a mirarse entre sí, algunos se levantaron, otros se acercaron, y poco a poco, comenzaron a hablar entre ellos, compartir más allá de lo que habían traído. Clara sabía que el camino no sería fácil y que aún quedaba mucho por hacer, pero en ese momento, en ese parque, en ese colegio, algo había comenzado a cambiar.

Clara sonrió al ver cómo poco a poco el día del trueque había transformado no solo lo físico, sino el pensamiento de muchos de los que estaban allí. No era solo un intercambio de objetos, sino un intercambio de ideas, de sueños, de esperanzas. Y aunque sabía que la tarea no acabaría ese día, ya tenía algo claro: el cambio empezaba con pequeños gestos que cada uno debe hacer por su parte.

Y aunque aún habría quienes seguirían mirando a los demás con los mismos ojos de siempre, Clara se sintió orgullosa de haber dado ese primer paso. Porque sabía que, al final, lo que realmente cambiaría el mundo no era el dinero ni las cosas materiales, sino el corazón de cada uno de los que decidieran mirar a los demás con empatía y respeto.

Clara había aprendido una gran lección: no importa cuántos obstáculos haya en el camino, mientras haya personas dispuestas a luchar por un mundo más justo, siempre habrá esperanza.

LOS SUEÑOS DE SOFÍA

Melina Sánchez Ficicchia

Mi nombre es Sofía y tengo siete años. Vivo en una casita muy pequeña, más bien hecha de madera y algunas telas viejas. La comparto con mi mamá, mi papá y mis dos hermanitos: Marcos, que tiene cinco, y Clara, que tiene apenas tres. No tenemos mucho espacio, y cuando llueve se forman charquitos en las esquinas del cuarto. A veces mamá pone ollas y tazas para que el agua no moje mucho el suelo, pero casi siempre alguna que otra gota se escapa y moja nuestras cosas. No tenemos luz en casa desde hace varios meses, y aunque papá intenta arreglarlo, simplemente no tenemos dinero para pagar la luz cada mes.

Aunque somos pobres, en mi casa hay algo muy importante: el amor. Mi mamá siempre nos dice que, aunque no tengamos cosas muy bonitas o dinero, mientras estemos juntos podremos superar cualquier cosa. Ella y mi papá siempre tratan de hacerme

sentir bien, pero a veces, les escucho hablar en la pequeña cocina, susurrando para que yo no oiga; entiendo que no están tan bien como quieren hacerme creer.

Por las noches, cuando ya estamos todos acostados, a veces, puedo escuchar como mi papá suspira profundo. O como mi mamá se queda mirando el techo, llorando, sin saber qué hacer. Sé que les preocupa no poder darnos más cosas, o no poder comprar el material que necesitamos los tres para la escuela. Y aunque soy pequeña, entiendo que hay días en los que ni siquiera están seguros de si habrá suficiente comida para todos.

Hace poco pasó algo que no voy a olvidar nunca. Un día, mi mamá logró hacer sopa para la comida, una sopa que no tenía carne, solo algunas zanahorias y patatas que ella consiguió en el mercado. Mientras comíamos, mi hermanito Marcos pidió un poco más, pero la olla ya estaba vacía. Mamá se quedó mirándolo con una expresión triste y cansada y le dijo que mañana habría más comida mientras fingía una sonrisa. Yo sabía que no era cierto, pero tampoco dije nada, porque no quería preocuparla.

Esa noche, cuando todos ya se habían dormido, me quedé pensando en todo lo que había pasado. Pensé en Marcos y Clara, en cómo a veces lloran porque tienen hambre. Pensé en mamá y papá, en cómo hacen lo que pueden para que nosotros no pasemos necesidad ninguna. Y pensé que, de alguna manera, debía ayudar. No sabía cómo, pero quería encontrar alguna forma para ayudar a la familia.

Al día siguiente, cuando volví de la escuela, me puse a buscar papeles viejos y algunos colores que le había pedido a una compañera, ya que yo no tenía. Recordé que en la escuela habíamos aprendido a hacer flores de papel, y pensé que tal vez, si hacía

muchas flores bonitas, podría venderlas en la plaza y ganar algo de dinero. Aunque no era mucho, al menos mamá podría comprar un poco de pan o algo de comida para mis hermanitos.

Esa noche, cuando mamá me vio con mis flores de papel, me preguntó qué estaba haciendo. Le conté mi idea, y al principio se quedó en silencio, mirándome con ojos tristes y cansados. Luego me abrazó fuerte, y aunque trató de disimular, vi que una lágrima se le escapaba por la mejilla. Me dijo que estaba muy orgullosa de mí y que al día siguiente me acompañaría a la plaza para vender mis flores.

Al día siguiente, después de la escuela, mamá y yo fuimos a la plaza del pueblo. Yo llevaba mis flores de papel en una cesta que antes había servido para guardar unas pocas frutas, y aunque estaban algo pochadas, pensé que al menos tenían colores bonitos. Al principio me sentí muy nerviosa, no sabía si alguien querría comprar mis flores o siquiera parar a mirarlas, también me daba un poco de vergüenza.

Pasaron varios minutos antes de que alguien se acercara. Fue una señora mayor que me miró con curiosidad y me preguntó cuánto costaban las flores. Le dije un precio bajito, porque no quería que se alejara, y ella me compró tres. Me dio unas monedas y me dijo que las pondría en la entrada para alegrar su casa. Me hizo sentir tan bien que casi se me olvidó lo nerviosa que estaba.

Cuando terminamos, mamá y yo volvimos a casa. No habíamos ganado mucho, apenas habíamos vendido cuatro flores, pero las monedas que conseguimos nos alcanzaron para comprar un poco de arroz y un poco de pan. Esa noche, mientras comíamos, sentí una alegría profunda en el corazón. Era como si algo se

encendiera dentro de mí, una pequeña esperanza que me decía que, aunque nuestra situación era complicada, podía hacer algo para ayudar a cambiarla.

Las siguientes semanas fueron complicadas. Papá intentaba encontrar trabajo todos los días, pero siempre volvía a casa con la misma noticia: no había nada disponible. A veces, se ofrecía para hacer trabajos por la plaza, como cargar sacos o ayudar en la construcción de alguna casa; otras ocasiones, iba al pueblo vecino a buscar trabajo, pero no siempre conseguía algo, y cuando lo hacía, le pagaban muy poco.

Mamá también intentaba ayudar. Cuando tenía oportunidad, iba a grandes casas a limpiar, o se ofrecía para hacer tareas de costura, pero había días en los que no salía nada. En casa, la comida se acababa rápido, y algunos días solo había un poco de pan duro o un poco de arroz para compartir. Empecé a notar cómo mis hermanitos se ponían más delgados, y cómo mis papás dejaban de comer para que nosotros pudiéramos tener algo en el plato.

Pero, a pesar de todo, no dejamos de ir a la plaza. Cada vez que podía, hacía más flores de papel y decoraciones de las que me habían enseñado en la escuela. Mamá también empezó a hacer algunas manualidades, como bolsitas y carteras tejidas con hilos de colores. Juntas, íbamos a la plaza y nos pasábamos horas bajo el sol, esperando que alguien se acercara a comprar algo. A veces volvíamos a casa con las manos vacías, y en otras, con unas cuantas monedas, pero siempre tratábamos de no estar tristes y de sonreír.

Un día, mientras estábamos en la plaza, se acercó un señor mayor. Me miró y me preguntó qué estaba haciendo. Le conté mi historia, y al oírme, él asintió con una sonrisa suave. Su nom-

bre era don Ramón y resultó ser el dueño de una librería del pueblo. Al ver mis flores de papel, me dijo que eran muy bonitas y que podría venderlas en su tienda si yo quería. Además, me regaló algunos lápices y papeles para que pudiera hacerlas más bonitas.

Esa noche le hablé a mi papá sobre don Ramón y cómo nos había ayudado. Papá se quedó en silencio un momento y luego me dijo que había personas buenas en el mundo, personas que ayudan cuando más se necesita. Y entonces me di cuenta de que, aunque a veces las cosas parezcan difíciles, siempre hay alguien dispuesto a ayudar y tender una mano, siempre hay un rayito de luz que nos llena de esperanza. Y eso es lo que me ocurrió a mí, me llené de esperanza.

Una semana después, papá consiguió un trabajo más estable en una obra de construcción. Aunque el trabajo era pesado y duro y le dejaba las manos llenas de heridas con callos, él estaba feliz, porque eso significaba que al fin podríamos tener algo de dinero para alimentar a la familia. Mamá también consiguió algunos encargos de costura y crochet, y poco a poco, las cosas en casa empezaron a mejorar.

Pero una tarde, cuando regresábamos de la plaza, mamá me dijo algo que se me quedará marcado de por vida. Me contó que la pobreza era como un muro muy muy alto, tanto que parecía imposible de cruzar, pero que, si uno no se rendía, no tiraba la toalla y seguía trabajando con esperanza, ese muro empezaría a tener grietas, y empezaría a romperse poco a poco. Me dijo que nosotros, como familia, estábamos haciendo grietas en el muro, y que algún día, si seguíamos adelante, podríamos romper el muro por completo, y pasar al otro lado.

Esa noche, mientras me iba a dormir, pensé en el muro de la pobreza y cómo, aunque era complicado de superar, nosotros estábamos haciendo un gran esfuerzo para salir adelante. Me imaginé a mi familia, todos juntos, empujando hacia delante hasta que, poco a poco se abrían las puertas del muro y nos dejaban pasar. Me di cuenta de que, aunque teníamos poco, teníamos lo que más importaba, nos teníamos los unos a los otros.

Con el tiempo, nuestras vidas empezaron a cambiar. No fue de un día para otro, pero poco a poco, las cosas empezaron a ponerse mejor. Mamá continuaba vendiendo sus tejidos, papá seguía trabajando, y yo también seguía haciendo cada vez más flores y adornos de papel. Con el tiempo, incluso empecé a soñar con algo más grande. Quería estudiar y aprender cosas, quería poder ayudar a otros en la misma situación que nuestra familia, quería ser como don Ramón que nos había ayudado a nosotros, quería ser una buena persona.

Cuando terminamos el año, pude comprar mis propios libros y material para la escuela. Ya no tenía que pedirle prestado el material a mis compañeros, ni tenía que usar hojas sueltas. Tenía mis lápices y mis cuadernos, y por primera vez, pude concentrarme en solo aprender.

La vida sigue siendo difícil en algunos aspectos, pero cada día siento que el muro de la pobreza se va rompiendo cada vez más. Entendí que la pobreza no es solo la falta de dinero o de cosas materiales, sino una situación que te afecta toda la vida, en la manera en que uno ve el mundo y hasta la manera en la que uno sueña para un futuro mejor. Cuando no tienes nada, incluso los sueños se desvanecen y parecen difíciles de alcanzar, pero gracias al apoyo constante de mi familia y a personas como don

Ramón, aprendí una nueva lección. Aprendí que, los sueños no son imposibles y que nunca se deben dejar atrás, que si alguien quiere algo, si se esfuerza y le pone muchas ganas, puede lograrlo. Ellos me mostraron que, aunque el camino sea complicado, los pequeños pasos hacen una gran diferencia.

Con el tiempo, también aprendí algo que antes me parecía muy extraño y es que la pobreza es un problema que no se soluciona solo con el dinero. Está claro que sin dinero no podemos hacer nada y que el dinero ayuda, pero también hace falta solidaridad, comprensión y personas dispuestas a escuchar, a enseñar y a dar una mano a los que más la necesitan. Aprendí que, si todos hiciéramos un esfuerzo por ayudar a alguien, aunque fuera solo un poquito, como don Ramón hizo con nosotros, el mundo sería un lugar muchísimo mejor. A veces, una pequeña ayuda puede cambiar una vida, como nos pasó a nosotros, por no rendirnos y seguir adelante.

Ahora, sueño con poder hacer algo así en el futuro. Cuando sea mayor, me gustaría tener la oportunidad de ayudar a otros niños que pasan por situaciones como la mía. Me gustaría compartir con ellos mi situación y que vean que no es imposible salir adelante: compartir todas las lecciones que he aprendido, enseñarles a no rendirse y a ser valientes, y que recuerden que, aunque el muro sea alto y difícil de cruzar, con esfuerzo, constancia y ayuda, se puede superar. Quiero que esos niños sepan que no están solos, que siempre hay una forma de seguir adelante y aunque sea poco a poco, todo esfuerzo cuenta. Quiero ser para los demás el rayo de luz que fue don Ramón para mí.

Me gusta pensar que, de algún modo, mi historia y la de mi familia pueden inspirar a otros. Tal vez haya personas que al

leerla o escucharla entiendan lo importante que es ayudar a los demás, incluso si solo se puede dar un poquito, porque para quienes no tienen nada, un poquito puede que sea el comienzo de una nueva racha de días buenos para el resto. Como me dijo mamá, la pobreza es como un muro enorme que nos pone a prueba, pero con esfuerzo y ayuda, cada acto de solidaridad, es como un trozo menos del muro, dejando pasar la luz que pasa del otro lado y que a lo mejor necesitaban ver.

A veces miro a mis hermanitos y pienso que ellos también están aprendiendo todas estas lecciones. De la manera en que nos apoyamos mutuamente como familia y nos cuidamos siempre, veo cómo ellos aprenden la importancia de la unión y del amor en los momentos complicados. Tal vez, cuando crezcan, también lleven esta enseñanza en el corazón y la transmitan a otros como yo aspiro a hacer. Imagino a Marcos y a Clara ayudando a otras personas como don Ramón nos ayudó a nosotros. Me da esperanza pensar que nuestra historia, la historia de cómo luchamos juntos y cómo recibimos ayuda en el momento justo, puede continuar en los más pequeños, en las nuevas generaciones.

Sé que aún nos queda mucho trabajo por hacer y muros por enfrentar, pero ahora estoy convencida de que, mientras nos mantengamos unidos y tengamos fe, seremos capaces de superar cualquier obstáculo como hicimos con este. Y con el tiempo, sé que este ciclo de apoyo y amor se repetirá, una y otra vez, como una cadena infinita de personas que se ayudan unas a otras para alcanzar una vida mejor, pero sobre todo un mundo justo y bueno.

2ª Categoría

EL ECO DE LAS ESTRELLAS

M^a Dolores Valldecabres González

1— La niña del desierto

En el pequeño pueblo de Itrián, en medio de un inmenso desierto donde el viento silbaba entre las dunas doradas, vivía Naila, una niña de trece años con ojos tan brillantes como la luna llena.

Su comunidad dependía de un pozo antiguo que cada año parecía ofrecer menos agua, y la sequía amenazaba con convertir su hogar en un lugar inhabitable.

—El agua es vida —decía su abuela mientras llenaba pequeñas vasijas de barro—. Si desaparece, nosotros también.

Naila escuchaba esas palabras con preocupación. Soñaba con un mundo donde nadie tuviera que caminar kilómetros para conseguir agua, donde la tierra fuera fértil y los niños no crecie-

ran con miedo a la sed. Pero en Itrián, cambiar la realidad parecía imposible. Al fin y al cabo, ¿qué podían hacer en un desierto para conseguir agua?

Una noche, mientras descansaba bajo el cielo estrellado, Naila escuchó un sonido peculiar. Era un murmullo que parecía venir del aire mismo.

Se incorporó y siguió expectante el eco, hasta que llegó a la biblioteca, donde esperaba encontrarse a su abuelo leyendo.

—Abuelo, ¿has oído eso? —le preguntó consternada. Pero no obtuvo respuesta, pues se había quedado dormido leyendo en su butaca.

Empezó a dar vueltas por la habitación, en busca del origen de ese misterioso ruido. El eco cada vez se oía más fuerte, hasta que encontró un viejo manuscrito escondido entre los estantes de libros de su abuelo. Nunca antes había visto algo parecido.

Las páginas hablaban de una antigua fuente subterránea, oculta bajo las montañas del este. Nadie la había encontrado jamás, pero la leyenda decía que aquel que escuchara el “eco de las estrellas” sabría dónde buscar.

A Naila le empezaron a surgir más y más preguntas conforme iba pasando las páginas del manuscrito. ¿Qué es ese “eco de las estrellas”? ¿Será esa fuente la salvación de mi pueblo?

Decidió que tenía que intentarlo. Debía luchar por su pueblo, su hogar. Si el agua realmente estaba allí, solo ella podría encontrarlo.

2- La travesía del eco

Al amanecer, cogió una pequeña mochila y la llenó de suministros: pan, una lámpara, una vieja brújula y una pequeña cantimplora con lo que parecían las últimas gotas de aguas en Itrián.

No había conseguido dormir en toda la noche debido al peso que ahora recaía sobre ella y a la aventura que le aguardaba. Sabía que no podía hacerlo sola, así que pidió ayuda a Karim, su mejor amigo, y a Said, un anciano del pueblo que conocía cada rincón del desierto.

—Nos llamarán locos —dijo Karim después de escuchar a Naila, aunque en su voz había emoción.

—Quizás, pero si no buscamos, jamás sabremos si es verdad —respondió Naila con determinación.

Caminaron días y noches, guiados por las estrellas y por el eco que solo Naila parecía oír en el viento.

Durante el trayecto, descubrieron grietas secas en la tierra, troncos de árboles que alguna vez fueron frondosos y huellas de animales que habían desaparecido en busca de mejores tierras. Todo resto de una vida mejor que Naila tanto anhelaba dar a su pueblo.

A medida que avanzaban, las temperaturas eran cada vez más extremas. Durante el día, el sol quemaba la piel, y por la noche, el frío calaba hasta los huesos. Cada jornada se volvía más difícil que la anterior, pero la esperanza de encontrar el agua los mantenía firmes.

—No sé si podremos seguir mucho más —dijo Karim jadeando—. No hemos encontrado nada.

Pero entonces, en la cuarta noche, cuando todo parecía perdido, el eco se volvió más fuerte. Naila sintió un escalofrío. Nunca había tenido algo tan claro como ahora.

—Aquí —susurró, deteniéndose frente a una formación rocosa en espiral. —Es aquí.

Karim y Said se giraron para ver a donde estaba señalando. Said examinó la piedra con sus manos rugosas. En efecto, había símbolos tallados en ella, los mismos que aparecían en el manuscrito.

Con esfuerzo, removieron piedras hasta que, con un temblor, el suelo cedió, revelando una cueva subterránea.

Lo que encontraron les dejó sin aliento.

3— La ciudad bajo la arena

Dentro de la cueva, la luz de sus lámparas iluminó un río subterráneo de aguas cristalinas. Antiguas tuberías de cerámica conducían el agua a lo que parecían ser restos de una ciudad oculta, un lugar que el desierto había tragado siglos atrás.

—Esto... esto es un sistema de riego de los antiguos —dijo Said maravillado.

El agua corría aún pura, intacta por el paso del tiempo. Naila, que estaba enfrascada en sus pensamientos, ni siquiera oyó lo que Said decía. Pero esto que habían encontrado solo podía significar algo bueno. Sintió lágrimas en los ojos. Si lograban llevar esta agua a Itrián, su pueblo podría volver a florecer.

Sin perder ni un segundo, llenaron sus vasijas y marcaron el camino de regreso. Pero sabían que la verdadera misión no era

solo llevar agua, sino enseñar a su pueblo cómo recuperarla de manera sostenible, para que nunca les volviera a faltar.

4– El renacer del desierto

De vuelta en Itrián, la noticia corrió como la pólvora. Los ciudadanos escucharon con escepticismo, pero cuando vieron el agua, comprendieron que el cambio era posible.

Con ayuda de arquitectos y biólogos de otras regiones, comenzaron a restaurar el sistema de riego. Construyeron nuevos canales, recuperaron técnicas antiguas de riego y plantaron árboles que ayudaran a mantener la humedad del suelo.

El desierto dejó de ser un enemigo.

Meses después, los primeros brotes verdes comenzaron a asomar en la arena. Por primera vez en décadas, el agua fluía libremente y las cosechas regresaban. Naila, que una vez había escuchado un eco en la noche, ahora veía su pueblo renacer.

Los niños ya no tenían que recorrer kilómetros para llenar sus vasijas, y los ancianos podían ver crecer los jardines en un lugar donde antes solo había polvo. La comunidad entera celebró el milagro del agua, y en honor a Naila y su esfuerzo, construyeron una escuela donde enseñarían la importancia de la conservación del medioambiente.

A medida que pasaban los años, otras aldeas cercanas comenzaron a aprender de Itrián. Lo que había comenzado como la aventura de una niña y su eco se convirtió en un movimiento a nivel mundial, inspirando a comunidades enteras a recuperar sus tierras y aprovechar los recursos de manera responsable. La

acción de una niña había cambiado todo. Se había convertido en algo mucho más grande de lo que nunca hubiera imaginado.

Finalmente, una noche, Naila volvió a tumbarse en la arena, mirando las estrellas. Ya no escuchaba el eco lejano de antaño. Ahora, el desierto hablaba en su propio idioma: el murmullo del agua corriendo bajo la tierra, el viento moviendo las hojas de los árboles recién plantados, y las risas de los niños jugando en la plaza. Todo era como se lo había imaginado.

Se acercó al gran pozo restaurado y apoyó su mano sobre la piedra.

—Lo hicimos —susurró.

Y en la brisa nocturna, sintió una respuesta.

—Nunca dejaste de escuchar.

LA CARTA LLEGÓ A SU DESTINO

Naira Ruesgas Alonso

Rodolfo era un joven apasionado por la vida. Le gustaba divertirse con sus amigos, cenar en casa con su familia y recorrer montañas con su perro Ton.

Tenía pocos amigos, pero le gustaba que fuera así. Siempre decía que lo importante es tener amigos de verdad, en los que sepas que puedes confiar y a los que nunca defraudarás. Esos amigos que, aunque en días no los veas, sabes que se acuerdan de ti y que, cuando sucede algo importante, no dudarán en buscarte para contártelo.

Esto hacía que Rodolfo se sintiera muy afortunado, aunque sus amigos se solían reír cuando les decía estas cosas. Era entonces cuando sonrientes afirmaban: “Rodolfo, me sorprendes, no entiendo cómo puedes ver siempre una luz de esperanza en cada

cosa que pasa, creo que eres muy ingenuo”. Yél siempre les decía “ingenuo o no, creo en la vida y en compartirla siempre con mis amigos y eso es lo que necesito”.

Cenar en casa con su familia era algo que nunca se perdía. Cada uno estudiaba y trabajaba en diferentes horarios, pero a la hora de cenar, mamá, papá y su hermana June siempre coincidían con él. La cena siempre era un momento mágico. Hablaban de cómo había ido el día, de qué les había ocurrido que fuera destacable, si se sentían contentos o tristes o cansados... Si alguna vez tenía que perderse la cena, el día ya no era tan fantástico.

Y Ton, su amigo inseparable. Le encantaba estar con Ton porque él siempre le recibía entusiasmado al llegar a casa, daba igual si había tardado mucho o poco, si hacía frío o calor, si era un día agotador o lleno de sorpresas; Ton siempre estaba allí, revoloteando a su alrededor cuando abría la puerta de casa, buscando una caricia y una palabra de cariño.

Ton era un perro, pero un perro muy listo. El siempre sabía si Rodolfo estaba muy cansado o con ganas de ir a pasear. Enseguida movía la cola cuando veía a Rodolfo ponerse su chaqueta y sus botas de monte. ¡Qué bien lo pasaban juntos buscando caminos secretos por las montañas! Les encantaba pasear por senderos recónditos por donde seguramente nadie habría pasado en semanas. Y si ya coincidía que el sol los acompañaba en su aventura, todo era fantástico. Solían sentarse al borde del río y ver cómo el sol se reflejaba en sus aguas. Cuando el agua del río bajaba con intensidad, parecía como si el sol la acompañase, parecía tener vida. Era una estampa preciosa.

Rodolfo estudiaba en la universidad. Nunca había sido un estudiante destacado, pero sabía que aprender un oficio era

imprescindible para defenderte en la vida y poder aspirar a tener una estabilidad y crear una familia. Siempre le había llamado la atención estudiar derecho. Le gustaba pensar que algún día podría defender a la gente y demostrar su inocencia, si era inocente ¡claro!

Mientras estudiaba, solía trabajar repartiendo paquetes de algunas empresas. Le gustaba su trabajo, solía recorrer los barrios de su ciudad y hablar con los vecinos y eso era una satisfacción para él porque, poco a poco, iba teniendo confianza con muchos de ellos y le contaban su día a día, cómo se sentían. Cuando iba donde Pedro a llevarle alguna carta, solía pasar un rato en su terraza. Pedro no salía mucho de casa, estaba enfermo, pero veía todas las noticias que se televisaban y siempre le hacía un resumen de lo acontecido en los últimos días. A Pedro le gustaba hablar con Rodolfo y a Rodolfo le encantaba hablar con Pedro.

Rodolfo solía sentarse en el bordillo de la furgoneta de reparto y ver pasar a la gente. No entendía cómo la gente podía pasar al lado de otra sin saludarse. Todos pasaban andando muy rápido, como si todo el tiempo tuvieran prisa, algunos hablando por el teléfono móvil, otros incluso discutiendo por el teléfono.

No entendía cómo la gente podía vivir así, sin darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor. Podía saber quién era rico y quién era pobre, quién estaba enfadado y quién necesitaba ayuda, pero lo cierto era que a pocos se les veía sonreír.

Si él pudiera cambiar el mundo... Es como si el mundo tuviera barreras de cristal invisibles, a un lado vivían los pobres y a otro los ricos. La gente pasaba al lado de otra sin ni siquiera pararse a mirar si podía ayudar en algo. Pensar todo esto le

entristecía, igual que cuando tocaba un timbre y alguna persona le abría, cogía el paquete y cerraba de nuevo sin casi saludar; como si él no existiese, como si el paquete hubiera aparecido solo en su felpudo.

Por eso Rodolfo disfrutaba tanto con aquellos vecinos con los que solía entablar pequeñas conversaciones cuando se acercaba a sus casas a entregarles sus paquetes. Rodolfo se sentía afortunado, sabía que en muchas de esas entregas estaba llevando ilusión a las casas; muchos esperaban el paquete con impaciencia y él era parte de esa ilusión también.

Cuando las entregas se resumían en tocar el timbre y entregar el paquete sin un hola, un gracias o un ¡qué bien que lo trajiste!, el día se volvía más gris y le hacía sentirse uno más de todas esas personas que iban por la calle rápido, sin ver lo que pasaba a su alrededor. No le gustaba nada esa sensación.

Un día, Rodolfo, tras terminar de entregar sus paquetes, se puso a ordenar la furgoneta y las bolsas de reparto. Todo estaba en orden, sin embargo, en una de las bolsas había una carta, pero era curioso, era una carta sin destinatario ni remitente, ¡qué raro! La miraba con curiosidad. ¿Cómo alguien habría echado una carta al reparto sin escribir el destinatario ni el remitente? En el sobre únicamente podía leerse: “Dirigida a “La Humanidad”.

Rodolfo, tras sentarse un rato en un banco del parque y observar detenidamente la carta, decidió abrirla. Si no tenía destinatario, quizás si la leía podría saber quién la había escrito y devolvérsela.

Rodolfo empezó a leerla con detenimiento, poco a poco, sin perder ningún detalle. Era una carta asombrosa, en ella se describía un mundo lleno de esperanza, donde la gente se ayudaba

y apoyaba continuamente sin buscar un porqué ni pedir nada a cambio.

Las personas de ese mundo sonreían continuamente, se sentían bien consigo mismas y eran capaces de expresar lo que les preocupaba sin miedo a que nadie les hiciera daño ni malinterpretara sus palabras.

La carta describía un mundo donde existían las leyes y las normas y todo el mundo intentaba respetarlas con esmero; los niños jugaban libres por las calles, sin temor a que nada malo les pasara; las personas hablaban con naturalidad de sus inquietudes y sentían que eran respetadas por todos; la gente mostraba entusiasmo y las parejas dialogaban y se mantenían el respeto mutuamente.

Parecía un mundo irreal y, sin embargo, lo describía con tanto detalle que podía sentirse cercano, al alcance de todos.

Al final de la carta aparecía un mensaje destacado entre comillas:

“Si has recibido esta carta, significa que aún hay esperanza. Nuestro mundo puede ser distinto, más justo, más humano. Pero el cambio depende de nosotros. No esperes a que otros lo hagan. Da el primer paso.”

Rodolfo leyó la carta varias veces. Su corazón palpitaba agitado y nervioso en cada frase. Quería enseñársela a todos y convencerles de que esto era posible. Era una tarea de muchos, que podía hacer feliz a todos. Su cabeza no dejaba de pensar en cómo elaborar el mejor plan para que todo el mundo recibiera la carta, pudiera leerla.

Terminó su jornada de trabajo y fue corriendo a casa. Contaría a su familia en la cena su gran hallazgo. Sí, ese era el primer

paso, contar a su familia lo que le había sucedido. Él había recibido la carta con un propósito y estaba claro: él tenía la responsabilidad de hacer que la carta hubiera servido para algo, darla a conocer, que mucha gente la leyera.

Una vez en casa y tras saludar a Ton, fue corriendo a la cocina. Allí estaba mamá.: “¡No sabes lo que me ha ocurrido mamá!, en la cena te lo cuento todo”. Y, sin escuchar mucho más, fue rápido a su habitación, se acomodó y bajo ansioso a preparar la mesa. Tenía prisa, quería que todos se sentaran a cenar para poder contarles con detalle lo que hoy había hecho de su día, un día especial.

Cuando Rodolfo contó a todos lo sucedido y les leyó la carta, hizo que se quedaran pensativos. “Es una carta preciosa”, dijo papá, “no estaría mal que así ocurriera”. Pero Rodolfo lo tenía claro: era la actitud de cada uno la que debía cambiar porque si todos cambiáramos nuestra actitud hacia las cosas, el mundo tenía que mejorar seguro.

Se fue a la cama, pero no conseguía conciliar el sueño. Se sentía nervioso, quería que llegara el nuevo día para comenzar con su tarea, distribuir su carta por todo el mundo.

Al día siguiente, Rodolfo, con la carta en su mente, decidió copiarla en pequeños papeles y fue dejándolos caer en los bancos de la estación de tren, cerca del metro, al lado de las entradas al centro comercial, en los pequeños comercios, en el tablón de anuncios del supermercado... Poco a poco fue consiguiendo su propósito, que una copia de la carta pudiera llegar a mucha gente diferente.

Lo escribió de nuevo y lo compartió en las redes sociales, allí era fácil que mucha gente la leyera.

Destacó el mensaje en los muros de los barrios más recónditos de la ciudad y visitó a todos los que muchas veces habían recogido sus paquetes, dándoles la carta y explicándoles con todo detalle lo que luchar por ella podía significar para la Humanidad.

Al principio, la gente no le prestaba mucha atención. Se acercaba a todo el que podía y le sugería alguna idea para participar en tan impresionante propósito. Algunos le miraban con recelo, otros se marchaban sin dejarle terminar de explicar lo que decía, pero había otros que, aunque no mostraban mucho entusiasmo, atendían a Rodolfo y aceptaban ayudarlo a repartir las cartas.

Iban pasando los días y cierto es que Rodolfo no veía muchos cambios, todo parecía seguir igual. Un poco triste, cansado, quizás decepcionado consigo mismo, con el mundo... fue a casa, se tumbó en su cama y cogió el móvil, al que hacía días que no había vuelto a hacer caso. Cuál fue su sorpresa cuando vio que había habido personas que habían respondido a sus mensajes en las redes sociales, habían compartido la carta e incluso un artista urbano había decorado el muro de uno de los barrios de la ciudad con ella. El muro había quedado precioso, había inmortalizado el mensaje y ahora todo el mundo lo vería cada vez que pasara por allí. Rodolfo volvió a sonreír de nuevo, parecía que su esfuerzo empezaba a dar frutos.

¡Una canción! Un músico había compuesto una canción con la letra del mensaje y la tocaba en la calle mientras la gente pasaba, ¡todos la escuchaban! Algunos incluso se detenían o reducían su paso para escucharla. Era increíble, había habido gente que, como él, había confiado en el mensaje y quería que otros lo oyeran.

Parecía que poco a poco la carta se iba haciendo eco entre la gente, el mensaje estaba llegando mucho más lejos de lo que Rodolfo hubiera imaginado jamás.

Un periodista sintió curiosidad y entrevistó a Rodolfo. Era un periódico local pero mucha gente lo leía cuando viajaba en el tren, en el autobús o en el metro. Rodolfo explicó al periodista su mensaje, le contó cómo había comenzado todo y este lo publicó dejando huella para siempre.

Ahora parecía que su esfuerzo empezaba a tener éxito, pero había que avanzar. El mundo era muy grande y, aunque muchos ya habían oído hablar de la carta y su mensaje, necesitaba que llegara más allá, donde él nunca llegaría en persona.

Consiguió hacerse oír en la radio del barrio, animó a todos a que escribieran y compartieran alguna pequeña acción que consideraran que habría servido para que el mundo fuera poco a poco cambiando. Increíble, pero no dejaban de llegarle cartas, mensajes en el móvil, comentarios en las redes sociales...

—Una joven de una familia adinerada dona parte de su dinero a una asociación benéfica.

—Un grupo de voluntarios crea una pequeña escuela para los adultos del barrio que no saben leer.

—Vecinos que nunca se habían hablado antes, comienzan a ayudarse entre sí.

—En un instituto, unos jóvenes recaudan juguetes para llevarlos a la ludoteca del barrio y repartirlos entre las familias más pobres.

Rodolfo se dio cuenta que la carta sí tenía destinatario y remitente, todas las personas eran remitentes y destinatarias, todos

necesitaban escuchar que había que cambiar las cosas, todos necesitaban pararse a pensar en qué podía hacer cada uno para que la situación del mundo cambiara; y todos debían enviársela a otros, compartirla, solo así llegaría a más gente creando un mundo diferente.

Ahora Rodolfo seguía repartiendo sus paquetes, sonriendo como siempre lo hacía, pero convencido de que en todas las puertas donde entregara un paquete iban a ser bien recibidos, iba a compartir por lo menos un hola y un adiós.

Al sentarse en el bordillo de su furgoneta al acabar el día, seguía viendo a la gente correr de un lado para otro, pero se saludaban entre ellos, y se hablaban, quizás mientras andaban, pero se hablaban. Seguían hablando por su teléfono móvil, pero ya no gritaban como antes y eran capaces de colgarlo si se encontraban con algún vecino que necesitaba su ayuda. Algo empezaba a cambiar el mundo, se sentía el respeto en las calles, los niños correteaban sonriendo, los jóvenes se divertían en los bancos del parque, charlando con los móviles en los bolsillos, las parejas se miraban con cariño e ilusión, los mayores se sentían protegidos y seguros... Algo empezaba a cambiar. Este era el principio de un gran final, sin duda.

Rodolfo volvió a casa, cogió a Ton y se dirigió a la colina. Le gustaba mucho ir allí y sentarse en una gran roca. Empezaba a anochecer, las luces de la ciudad se iluminaban... era una imagen preciosa, cada luz simbolizaba a alguien que ya había empezado a dar el cambio, había modificado su actitud por mejorar las cosas. Rodolfo mantenía una carta en sus manos, otra más, otra que debía llegar a una nueva persona, otra carta lista para llegar a un nuevo destinatario.

EL MUNDO QUE QUIERES

Rodolfo enseñó a todos que para cambiar las cosas no hace falta ser poderoso, tener mucho dinero o ser muy conocido y famoso; para cambiar las cosas hace falta tener actitud, voluntad y confianza en uno mismo. Rodolfo actuó, pero lo que él hizo se multiplicó y entonces ya nada fue igual.

LA CARTA HABÍA EMPEZADO A LLEGAR A SU DESTINO.

EL OLIVO DE LA PRADERA

Inés Piquer Amorós

“Hace ya algún tiempo que tengo una fuerte preocupación, la vida ha cambiado mucho en muy poco tiempo y no sé a qué ha venido este acontecimiento. No entiendo qué está pasando, casi cien años llevo en el mundo y nunca había visto tal suceso. Puede que no estéis entendiendo lo que os intento contar, pues para ello hay que remontarse muchos años atrás.

Todo empezó a principios de un mes de octubre, cuando un niño salió de su casa con una bolsa en las manos que le había dado su madre para merendar, dentro contenía aceitunas. Se alejó del pueblo y llegó a una pradera escondida por unos naranjos muy frondosos al lado del río Guadalquivir. Era el sitio preferido de aquel niño, su escondite, su lugar seguro donde le gustaba meditar escuchando el canto de los gorrones y jilgueros. Desde ahí se contemplaba el campanario de la iglesia de su pueblo, que

con sus campanas le avisaba de la hora de vuelta. Era muy feliz ahí.

Ese día llegó el niño con su bolsa de aceitunas y los huesos se le cayeron al suelo. Pasaron las semanas y por primera vez en mi vida vi la luz del sol, se estaba muy calentito y muy a gusto, más que cuando estaba bajo tierra. Me quedé fascinado con lo que vi, nunca me había podido imaginar que la vida fuera tan bonita, parecía algo mágico.

Todos los días aquel niño iba a visitarme, me cuidaba como su tesoro. No solo me cuidaba regándome y quitándome las malas hierbas de mi alrededor, si no que me leía en voz alta los más hermosos poemas que he escuchado, las historias más apasionantes, me cantaba canciones hermosísimas, me contaba chistes, adivinanzas y *pegoletes* típicos de su familia... Yo era muy feliz. Pero pasaron los años y aquel niño creció, dejó aquel pueblo de Córdoba y se marchó a Madrid a estudiar una carrera universitaria. Desde entonces no he vuelto a verle.

No mucho después, yo ya tenía mi tronco fortalecido y unas hermosas hojas decorándolo, no es por presumir pero mucha gente llegó a decir que mis aceitunas eran las más sabrosas que había probado ¡hasta mejores que las de Jaén! Comenzaron a venir muchos niños a jugar conmigo, me pusieron un columpio, pintaban cuadros hermosos, jugaban con pelotas, otros con muñecas... era muy divertido escuchar sus risas. Muchos pensadores venían a meditar buscando la sombra que les aportaba, era muy interesante escuchar sus pensamientos e ideas, muchas tan diferentes. También llegaban varias parejas maravilladas por el entorno tan precioso lleno de amor. De vez en cuando se acercaban ancianos, muchos venían a recoger aceitunas para hacer

aceite. Se traían consigo unas sillas y charlaban ¡qué historias tan interesantes contaban! desde luego aprendía muchísimo con ellos.

Aunque casi siempre estaba acompañado, también disfrutaba mis ratos de soledad. Bueno, en realidad nunca estaba solo, en el momento en el que las personas del pueblo volvían a sus casas, llegaban los animales de la zona. Muchos venían para beber del agua del río, otros comían mis aceitunas que se habían caído al suelo o también comían las migas que los humanos dejaban. Otros solo venían a pasar el rato. Los pájaros cantaban muy fuerte a coro ¡qué canciones tan bonitas componían! Las mariposas volaban alegres, disfrutaban de la limpieza del aire. Los sapos saltaban del río a visitarme. Los ciervos me maravillaban con sus cuernos y su pelaje, y aunque al principio los zorros me asustaban un poco, luego disfruté de su compañía. Además, los demás árboles hacían que la pradera fuera hermosa, sobre todo en primavera cuando los naranjos se llenaban de azahar y todo quedaba perfumado.

Al anochecer se podía contemplar el sol cayendo lentamente escondiéndose por el campanario del pueblo, era tan bonito que parecía un cuadro. En ese momento siempre agradecía por lo que tenía, me sentía el árbol más afortunado del mundo.

Ahora bien, os preguntareis cuál puede ser mi preocupación si mi vida parece perfecta. En eso tenéis razón, mi vida era perfecta, pero ahora ya no, ha cambiado. En los años que llevo viviendo nunca antes he visto las cosas tan diferentes.

Mi columpio está lleno de telarañas, ya ningún niño lo utiliza, un chincholero está creciendo a mi alrededor, ya nadie me quita las malas hierbas, el río ya no tiene tanta agua, ya no veo el cam-

panario, han puesto una fábrica que tira mucho humo justo enfrente, no hay mariposas que vuelen a mi alrededor. Hay mucho ruido, al otro lado del río han construido una gran carretera en la que no paran de pasar coches. No llueve y por ello no hay tantas plantas, hace mucho calor y mis raíces están muy secas. Ya nadie quiere recoger mis aceitunas, ya no están tan buenas. Muy pocos animales vienen a verme. Los pájaros ya no cantan canciones felices, al contrario, parecen llantos de melancolía por lo que esta pradera fue una vez. Ya no estoy limpio, el viento trae basura a mis ramas que hace que los pájaros no se quieran posar en ellas.

Me siento muy solo, echo de menos cada aspecto de mi anterior vida. A veces me acuerdo de ese primer día en el que solo era una rama que salió a la superficie maravillada, con la ayuda de aquel niño en el cual pienso todos los días. No me explico qué es lo que ha llevado a la vida a este punto. Parece que ahora vivo en un mundo diferente.

Un pájaro me ha contado que ahora casi que no hay niños en el pueblo y los que quedan ya no juegan con juguetes, se quedan en sus casas viendo una gran pantalla sin ni siquiera moverse, los ancianos tienen que cuidar de sus nietos ya que sus padres trabajan en las grandes ciudades a las que van en coche y no tienen tiempo de estar tanto con sus hijos. Las huertas están rodeadas de plásticos enormes. La gente no cuida mi casa, la tierra, cada vez contaminan más.

Siento decir esto pero parece que cada vez la gente es menos humana, han perdido el aprecio hacia las cosas sencillas, me han perdido el aprecio, y no solo eso, ya no me cuidan y estoy perdiendo toda mi esencia. Hace un año que no me salen hojas en

primavera, soy un árbol seco, estoy débil, me falta ese amor del que hace no mucho estaba rodeado, pero conforme van las cosas creo que es imposible recuperarlo. Necesito ayuda, vuestra ayuda”.

Pasaron los días y cada vez más rápido nuestro olivo perdía toda su esencia, era irreconocible. Antes contagiaba sus ganas de vivir y su alegría a todo aquel que se le acercaba, pero ahora con el árbol, todo aquello desaparecía. Toda la pradera se entristecía de la apariencia de aquél árbol que le había hecho tan feliz, que le había dado vida. Los animales lloraban bajo sus secas ramas, los naranjos afligidos perdían sus flores, el río avanzaba lento porque el agua se quedaba mirando entristecida al pobre olivo, los zorros se acercaban al pueblo y violentos se enfadaban con los humanos por lo que habían conseguido, los pájaros furiosos intentaban romper los cristales de las fábricas, los ciervos se acercaban a la carretera para intentar parar el tráfico... pero todo este esfuerzo en recuperar su querido olivo era en vano, la responsabilidad era de los humanos y ellos lo debían arreglar. Todos se rindieron y se quedaron esperando un milagro, pero ese milagro no llegaba.

Llegó junio, y con él las vacaciones de verano, el pueblo se vació casi entero, sus habitantes huían del seco calor de Córdoba yendo a la playa. El querido olivo seguía igual de mal, sin ninguna hoja cubriendo su tronco y con una expresión triste. Pero un día al ponerse el sol se escucharon unos pasos que cada vez se acercaban más y más pero muy lentos, fuese quien fuese aquello que se acercaba parecía débil y con poca fuerza.

El árbol se dio cuenta de aquellos pasos y, extrañado, comenzó a escuchar más atentamente. Los animales se acercaron curiosos y los naranjos estiraron sus hojas para enterarse mejor de lo que pasaba. Se empezó a escuchar el ruido de las plantas que alguien apartaba para hacerse paso ya que el camino para llegar al árbol estaba muy descuidado y por lo tanto era muy difícil de atravesar.

Por fin se asomó a la pradera un viejo bastón de madera en el que iba apoyado un anciano, parecía muy muy viejo, puede que tuviera más de cien años. En su rostro arrugado el árbol encontró una cara muy familiar, pero no conseguía recordar a aquella persona.

El anciano se acercó al olivo y con un gran esfuerzo se sentó bajo sus débiles ramas apoyando su espalda bajo su tronco. Fue en ese momento cuando el olvido le reconoció, ambos emocionados sonrieron y en ese mismo instante en una de sus ramas, salió una grande, fuerte y preciosa hoja.

3ª Categoría

MÁS ALLÁ DE LA SANGRE

Marina Raposo do Prado

Nunca pensé que llegaría este momento.

Toda mi vida me dijeron que el amor de una madre era instintivo, natural, algo que se encendía en el pecho como un interruptor. Pero aquí estoy, con las manos frías, el corazón en la garganta y una pregunta taladrándome la cabeza: ¿Y si no sé cómo quererlo?

Camino por el pasillo del orfanato, siguiendo a una mujer de rostro severo que habla sin mirarme. Dice su nombre, su edad, algunos datos fríos que no me alcanzan para imaginar quién es. Dice que ha pasado por varias casas de acogida. Dice que es un niño callado.

Y entonces le veo.

Estaba en el patio dibujando unas flores en el suelo, aislado de todos, en un canto vacío. Su cabeza se inclina un poco

hacia un lado, como si todo el peso del mundo descansara en sus pequeños hombros. No juega con los demás. No mira a nadie.

Se despierta algo dentro de mí, que pronto contestó a mi pregunta.

Ya sabía que era él, Zori, el amor de mi vida, el niño más especial que podría tener, el brillo en sus ojos era distinto de todo lo que ya había visto, su miedo e inseguridad por experiencias anteriores me daban ganas de protegerlo y cuidarlo, su voz de quien necesita cariño me calentaba el corazón. Esto es el amor a primera vista.

Me agacho a su lado.

—Hola, Zori —susurro.

No me contesta.

—¿Qué dibujas? —le pregunto.

—Un avión —contestó sin mirarme.

—¿Y hacia a dónde va? —pregunto a ver si empezamos una conversación.

—A un lugar verde.

Se me corta la respiración. El cuarto que le he preparado es verde. Siento un escalofrío recorrerme la piel. Me tiemblan las manos.

El nudo en mi garganta se aprieta, mis ojos se llenan de lágrimas.

—¿Por qué lloras? —me mira por primera vez. Sin miedo. Sin desconfianza.

Trago la saliva y sonrío.

—Porque me encanta tu dibujo Zori, es precioso —contesto mientras me seco las lágrimas.

—Zori, ¿me voy unos minutitos y luego damos un paseo? Seguro que te va encantar.

—Vale —me contesta pero sin mucha ilusión.

Vuelvo a hablar de los detalles de la adopción y me dicen para prepararme, que es un niño que necesita cuidados, y que siempre trata mal a las familias y que, si no le quisiera tendría dos meses para devolverlo. Eso me disgustó muchísimo.

—Es un niño —escupo las palabras sin poder ocultar mi rabia—. Un niño que necesita cariño, amor, atención. No un paquete del que te deshaces si no te convence.

No espero respuesta. Salgo enfadada de la sala, tomo sus cosas, lo llamo y, por fin, nos vamos a casa.

Después de perder al hombre que amaba, de no poder quedarme embarazada, y de un millón más de obstáculos... Por primera vez en mi vida me sentí totalmente segura de lo que estaba haciendo.

Empiezan los retos

La primera vez que intenté peinarle, Zori se apartó con un gesto de enfado.

—No me gusta —dijo, cruzándose de brazos.

Me quedé con el cepillo en la mano, sin saber qué hacer. Nunca había tenido que aprender sobre su tipo de pelo, sobre qué cremas usar, sobre qué cosas evitar. Nunca había pensado en lo mucho que un pequeño detalle podría recordarle que no siempre perteneció aquí.

Así empezaron los desafíos y las cargas de ser madre sola.

A medida que pasan los días nos vamos acercando, se sentía más cómodo en casa, le encantó su cuarto verde y con el tiempo también aprendí cómo cuidarle mejor.

Empiezan las clases. El miedo de que todo vaya mal, que no se sienta cómodo, seguro o, que cualquier cosa podría pasarle, me dejaba angustiada. Respiré hondo para no parecer que estaba más nerviosa que él y dije:

—Suerte mi amor, sabes que cualquier cosa, puedes pedir a la profe y me llaman enseguida ¿vale? Yo te qui... —empecé a llorar.

Era la primera vez que llevaba a mi hijo al colegio, mi pequeño, y pienso que mi marido podría haber estado aquí para ver la madre que me estoy transformando. Me emocioné.

—No llores —me dijo riéndose de mi cara.

Me río con él.

—Perdón Zori —me seco las lágrimas— ¿Estas listo?

Siempre me acordaré de esta llamada.

—Ring, ring, ring —me sonó el móvil.

—Hola —digo.

—Hola, ¿eres Marina? —me pregunta una voz femenina.

—Sí, ¿con quién hablo? —le contesto

—Hola soy Victoria la orientadora de Mater, te llamo porque Zori tuvo unos problemas en el patio.

La respiración se me corta y el pensamiento de que todo lo malo que había planteado realmente le podría haber pasado.

—Pero... ¿qué problemas? —pregunté, pero la voz de la orientadora ya me sonaba lejana.

No esperé la respuesta. Ya estaba en el coche, y en cinco minutos estaba en la puerta del colegio.

En este momento no sabía qué pensar, no debería haberle colgado porque ahora no tengo idea de lo que le ha pasado. Me sudan las manos. Me tiemblan las piernas. ¿Cómo una madre debe reaccionar a estas cosas? Estaba completamente perdida.

Al llegar, bajé del coche. Crucé la entrada del colegio y en la recepción, una mujer me vio y enseguida se acercó.

—Marina, ¿verdad? Soy Victoria, la orientadora —dijo con una sonrisa amable, pero su tono era serio.

Mis ojos buscaron a Zori por todos lados.

—¿Dónde está mi hijo? ¿Está bien? —las palabras se me atropellaban.

Victoria me hizo un gesto para que la siguiera.

—Está en mi despacho. Hay una enfermera con él, ha habido un incidente con otros niños en el patio. Mejor hablemos dentro.

No me tranquilizó en absoluto.

No esperé a que la orientadora terminara de hablar. Pasé por delante y abrí la puerta del despacho. Ahí estaba Zori. Con la rodilla raspada, el labio partido y los ojos bajos.

Se me contrajo el pecho.

—Zori! —me arrodillé frente a él— ¿Qué ha pasado, cariño?

Él no me miró.

La orientadora suspiró detrás de mí.

—Ha habido una pelea en el patio. Algunos niños se han burlado de él. Cuando intentó alejarse, le empujaron y le pegaron. Cuando llegué ya estaba en el suelo.

Mis manos temblaban.

Me giré hacia ella.

—¿Quiénes? ¿Qué vais a hacer?

—Ya hemos hablado con sus familias y tomaremos medidas, pero... Zori no ha querido decir nada más.

Volví a mirarlo. Temblaba, y su miedo me causó un sentimiento de protección que no había sentido nunca.

—No es la primera vez, ¿verdad?

No me contestó y empezó a llorar.

—¡Yo no admito que le hagan esto, yo quiero hablar con los padres lo antes posible! —dije sin poder controlar mi rabia.

—Claro, buscaré el mejor día y hasta este fin de semana hacemos una reunión. —me dijo Victoria calmándose.

Jueves por la mañana, antes de la reunión Zori se acerca y me dice:

—No necesitas discutir por mí, mamá

Esta frase, la última palabra, la que pensaba que nunca escucharía en mi vida, me dijo hoy, jueves 4 de septiembre de 2022. Me emocioné pero preferí no llorar para que no se asustara. En este momento, descubrí cómo debería actuar una madre frente a este tipo de situación, sabía que haría lo que fuera para defender mi hijo.

Entro en la sala de reunión y hay tres parejas, las familias de los tres niños que pegaron a Zori. Al principio me sentí sola y sin dirección, no tenía a Marcos a mi lado, pero sabía que estaría orgulloso de mí, así que respiré hondo. Y empezó ahí el primer choque de realidad que una madre tiene cuando adopta un niño africano.

—No es por nada, pero estos niños tienen otra educación.
—me dijo una madre en tono de arrogancia.

La frase me golpeó antes de que pudiera siquiera sentarme. La orientadora intentó mediar, pero yo ya sentía el calor subiendo por mi rostro.

—¿Perdón? —pregunté, controlando mi tono.

La mujer cruzó los brazos.

—Solo digo que hay formas de resolver esto. A lo mejor el niño también..., bueno, no sé, provocó a los demás. A veces traen costumbres distintas, y claro, los niños notan esas cosas. —me dijo uno de los padres.

Sentí el estómago darme un vuelco.

—No creemos que esto haya sido tan grave. Son solo niños, cosas que pasan en el patio —siguió el padre antes de que le pudiera contestar.

Me hirvió la sangre.

—¿Solo niños? ¿Solo cosas que pasan? —repetí, clavando la mirada en él—. ¿También es normal que le peguen solo porque es diferente? Llamarle cosas horribles. Cosas que no quiero repetir. Pero Zori las conocía bien, porque las ha escuchado antes. Porque, en este mundo, hay gente que cree que el color de tu piel les da derecho a tratarte como si valieras menos.

El silencio en la sala era tenso. La orientadora intentó intervenir, pero no la dejé.

—No voy a permitir que se minimice esto. Mi hijo no tiene que aguantar que le hagan daño para encajar.

Una de las madres, la única que parecía un poco avergonzada, intentó justificarse:

—No es que seamos racistas, pero entiéndalo, nuestros hijos no están acostumbrados a...

—A niños negros. —Terminé la frase por ella.

Bajó la mirada.

—Vosotros como padres, que os quitaríais el corazón para dárselo a vuestros hijos si lo necesitaran, quitarías su dolor para que doliera en vosotros y no en ellos, haríais de todo por ellos... Deberíais imaginar si fuera vuestro hijo sufriendo estos ataques y viviendo en esta desigualdad, exclusión sólo por su tono de piel, su pelo diferente, su idioma o lo que sea. Racismo es crimen, es lamentable ver como adultos pueden seguir dando este tipo de educación y valores en sus casas para que sus hijos sean tan cobardes como sus padres —dije lo que me estaba atrapado en la garganta.

Algunos padres evitaron mi mirada. Otros seguían con los brazos cruzados, negándose a aceptar lo que estaba diciendo. La orientadora, consciente de la tensión, tomó la palabra con voz firme.

—Esto no es un debate. Habrá consecuencias para los niños responsables y trabajaremos con ellos en valores y convivencia. Pero esto también empieza en casa. —silencio.

Yo ya no necesitaba decir más. Había dejado claro que no permitiría que Zori pasara por esto.

Cuando salí de la sala, sentí una sensación rara. No por rabia, sino por cansancio. Porque sabía que esta no sería la última vez. Porque ser madre de Zori significaba luchar.

Entonces, una de las madres me siguió.

—Marina, espera.

Me giré. Era Ana, la mujer que antes había bajado la mirada. Ahora se retorció las manos, incómoda.

—Quería... quería pedirte disculpas. No supe qué decir ahí dentro, pero lo que pasó estuvo mal. Hablaré con mi hijo, de verdad. No quiero que sea una de esas personas que creen que esto es normal.

La miré en silencio. No esperaba oír eso.

—¡Me alegro Ana! —respondí al final, con un hilo de voz.

Ella asintió. Antes de irse, dijo algo que se quedó conmigo:

—Zori tiene suerte de tenerte.

Pero ella estaba equivocada.

Yo era la afortunada de tenerle a él.

VOZ DE UN PUEBLO SORDO

Paula Moreno Omeñaca

Te diría que no sé cómo he llegado al Parlamento. Que no sé cómo he llegado a estar en una situación en la que en pocos minutos iba a estar delante de no sé cuántos diputados, decenas de cámaras y micrófonos y con más de trescientas miradas clavadas en mí. Te diría que no sé cómo una chica de veintidós años que acababa de salir de la universidad, que tan solo se había graduado hace tres semanas, se iba a encontrar delante de unas trescientas personas que le duplicaban la edad y a las que quería convencer.

Pero sí que lo sé.

Hace ya 349 días, unos 11 meses más o menos, que pisé suelo africano por primera vez en mi vida. Después de diecisiete horas metida en un tubo a más de mil metros de altura, tres escalas, una

de ellas de vuelo interno, y una despedida familiar demasiado dramática, el sueño que había tenido desde pequeña, el de visitar aquel continente tan lejano, se estaba cumpliendo.

Todos mis compañeros, yo inclusive, tenían los ojos resaltados por unas grises ojeras, el sudor se estaba convirtiendo ya en una sombra constante que no nos había abandonado desde que habíamos salido del pequeño avión y habíamos tenido que hacer los trámites de aduana. La ropa se nos pegaba al cuerpo, resaltando todavía más las altas temperaturas del país, y el cansancio hacía que los pies se nos arrastraran por el suelo con pesadez. Pero todo valía la pena porque por fin, por fin, habíamos llegado a Kilimanjaro, Tanzania.

El aeropuerto estaba concurrido. Las altas temperaturas de verano no habían impedido que parejas disfrutaran de una luna de miel en este país. La mayoría estaban bronceados, una prueba más de las elevadas temperaturas que nos acompañarían durante nuestra estadía. Las voces animadas de la gente rebotaban sobre las paredes, creando un bullicio que no hacía más que aumentar mi dolor de cabeza.

Una vieja camioneta marrón, cuyas llantas estaban alarmanamente oxidadas, nos esperaba a la salida del aeropuerto. El conductor, un hombre que nunca supe decir si tenía veinticinco o cuarenta años, estaba apoyado en la puerta con un cartel a mano en el que se leía con mala caligrafía Fundación Omenare.

Mis cuatro compañeros se me adelantaron y yo me quedé por detrás. En todas las horas de vuelo, aeropuerto y escalas, ellos habían conseguido hacer migas. Sin embargo, una vez más, mi fiel vergüenza había impedido que yo consiguiera lo mismo. Ahora ellos, extrovertidos, estaban ayudando al conductor a subir

las maletas detrás de la camioneta mientras iniciaban una conversación con él en inglés.

El sueño era palpable en todos nosotros. Aunque el sol esplendía con intensidad en el cielo despejado, el viaje y el sueño nos estaban empezando a pasar factura. Aturdida, no sabía si por el cansancio, la vergüenza o el jetlag que estaba haciendo que empezase a marearme, salí de mis pensamientos y me dirigí hacia el vehículo. Con ayuda del hombre, coloqué mi equipaje en el maletero. Tras hacerlo, intenté volver a controlar los rebeldes mechones cobrizos que se me han salido de la trenza durante el viaje. Pero mi pelo siempre ha sido desobediente, sobre todo cuando en mi nacimiento me bendijo con un pelo tan cobrizo que llamaba la atención entre los pelos tan rubios de mi país.

Tres de mis compañeros ya ocupaban los asientos de atrás y mi compañero restante estaba sujetando la puerta del copiloto. Lo que significaba, desafortunadamente, que con el calor que hacía, me tocaba sentarme apretada entre dos personas a más de cuarenta grados en pleno verano. Por lo menos, el coche no tenía ventanas.

Tras dos horas y tres cuartos escuchando el zumbido del viejo motor, llegamos a lo que iba a ser nuestro hogar durante cinco semanas. En la entrada de la carretera que conducía hasta el hospital, había un cartel de madera que, con letras blancas escritas a mano, marcaba que el Hospital Gwuyuba se encontraba a unos cincuenta metros. Los de atrás se habían dormido durante el trayecto y mi compañero de al lado les estaba despertando y les estaba avisando de nuestra llegada al “hospital”. Si es que se podía llamar así, porque aquel edificio, que estaba en medio de

la nada, pero en el medio de varias aldeas a la vez, no se parecía nada a lo que mis compañeros y yo conocíamos como centro sanitario.

El conductor bajó nuestras maletas del vehículo y se esperó hasta que dos personas salieron de la única puerta que contaba el edificio para marcharse. Dichas personas, los responsables del centro, nos mostraron el hospital, al que se referían continuamente como Casa Gwuyuba. Nos presentaron al escaso personal médico del hospital y, como nosotros, a otro grupo de cuatro voluntarios que había venido. La mujer y el hombre nos indicaron las tareas correspondientes que íbamos a tener cada uno durante las cinco semanas de nuestra estadía.

Y poco a poco, pero demasiado rápido para mí, pasaron las semanas. Trabajando. Ayudando. Al no contar con conocimientos ni experiencia médica, pues lo único que sabía era que el paracetamol era para el dolor de cabeza y poco más, había venido como intendente en la cocina. Mi carrera en Comunicación Audiovisual y Periodismo no sirvió de mucho tampoco. La mayoría de los niños que se encontraban en la Casa Gwuyuba, huérfanos, no habían salido nunca del hospital y, por lo tanto, no sabían apenas leer ni escribir.

Durante mis cinco semanas en Tanzania, me levantaba más temprano que todos para poder preparar las comidas de los enfermos. Pero, a pesar de que a veces el cansancio y la falta de sueño me hacían ver dos cucharas en la cocina donde solo había una, la gente del hospital hizo de mi estadía la experiencia más bonita y gratificante. Donde los niños veían comida, veían una amiga, por lo que cogieron confianza conmigo más rápidamente que con el resto de los compañeros recién llegados.

En los ratos libres en los que salía a sentarme en la mecedora del porche, nada más los niños escuchaban el gemir de la vieja madera bajo mi peso, venían rápidamente para que les leyera el libro que tenía entre mis manos. Los niños solían hacerme compañía mientras el resto de enfermos salían después de comer y yo limpiaba sus mesas mientras me contaban sus experiencias y aventuras. Los niños solían pedirme que les hiciera un teatro de marionetas todas las noches antes de dormir. Me pedían jugar a la pelota con ellos. Con lo poco que tenían, habían conseguido que yo lo tuviera todo.

Durante mis cinco semanas en Tanzania, los niños transformaron mi vida radicalmente. Le dieron otro sentido. Sus sonrisas dieron un vuelco a mi existencia, llenando las partes más profundas de mi interior. Durante mis cinco semanas en Kilimanjaro entendí por qué aquí nadie se refería al centro como Hospital Gwuayuba y todos se referían a él como Casa Gwuayuba. Porque, aunque en el sentido literal de la palabra, el centro no era una casa sino un lugar donde los niños y enfermos esperaban tratamientos e implantes o simples medicinas que nunca llegaban, era un hogar para todo aquel que cruzaba por el umbral de la puerta. Yo lo sentí desde mi primer día. A pesar de que la gran mayoría de habitaciones solo contaban con una bombilla como luz, de que las duchas tenían que ser cada dos días como mínimo por la escasez de agua, de que todas las paredes estaban agrietadas y tenían varios agujeros y de que la mayoría de los enfermos nunca iban a contar con la medicina suficiente para poder salir de allí, se había formado una familia.

Una familia de la que cuando llegó el segundo cuatrimestre de quinto de carrera de Comunicación audiovisual y Periodismo y tuve que presentar mi título del Trabajo de fin de Grado a mi tutor, no me pude olvidar.

Y con todo esto es cómo había llegado al Parlamento. Cómo había llegado al día de hoy.

Hace tres meses que entregué mi TFG. Uno de los profesores del jurado estaba tan satisfecho con él que me propuso que se lo enviase al Community Manager de la universidad, la persona encargada de administrar las redes sociales de la institución, para que lo colgara en la web. Y, poco a poco, la gente lo fue leyendo y pasándolo a sus conocidos. Esos conocidos a otros conocidos. Y esos conocidos a otros conocidos. Poco a poco, se hizo viral. Por el camino, una de esas personas entró en contacto conmigo.

Quería que ella y yo comenzáramos una recolección de firmas para que el gobierno tomase acción ante una situación tan injusta e inmerecida como la de los enfermos de la Casa Gwuayuba. Una situación en la que mientras que a los ciudadanos de nuestro país nos sobraba agua, la malgastábamos, los niños del hospital carecían este derecho tan básico. Una situación en la que los ciudadanos de este país podían bajar a la calle y encontrarse una farmacia no más lejos de su barrio, mientras que los escasos trabajadores del hospital tenían que esperar medicinas que nunca llegaban.

Porque nadie se merecía una vida así. Porque nadie se daba cuenta de estas circunstancias a menos que las estuvieran sufriendo. Porque, tristemente, me había tocado nacer y morir en una sociedad egoísta que no intervenía en los problemas de los demás a menos que interfiriesen en los suyos. Una sociedad que vivía bajo el lema de “ojos que no ven, corazón que no siente”. Pero mis ojos habían visto. Y mi corazón había sentido.

Así que, cuando Betty me lo propuso, tomé la decisión de cambiar esto. De hacer un cambio. Porque de nada serviría tener

en mi mente todas estas opiniones, críticas y quejas si no hacía nada al respecto con ellas.

Lo que no me imaginaba cuando elegía hacer este proyecto con Betty era llegar tan lejos.

El Parlamento estaba en silencio. Estaba lloviendo suavemente, lo que no era nada raro en mi país. Es más, en estos momentos, el repiqueteo de las gotas contra los ventanales era la única cosa que estaba consiguiendo relajarme. Aquel sonido familiar estaba consiguiendo que mi corazón se relajara hasta estar en sintonía con el golpeteo de la lluvia contra el suelo.

Me encontraba en una sala con aquel profesor de mi universidad que había comenzado todo esto. Si alguien le hubiera dicho a la estudiante de hace cinco meses que el Trabajo de Fin de Grado que estaba estudiando le iba a llevar a presentarlo ante los políticos de su país, hubiera pensado que estaba loca.

Betty se encontraba repasando sus últimas notas. Al ser recién graduada de Política y Derecho, ella sabía más de esto que yo. Su guía en este proyecto había sido indispensable para llegar hasta donde estábamos ahora. Yo en cambio, si me repasaba una vez más mis apuntes, iba a devolver lo que había desayunado.

A mí me gustaba estar detrás de las hojas y la cámara. Mi carrera en Comunicación Audiovisual y Periodismo solo lo demostraba. Por lo que hablar ante unos cien políticos que me duplicaban la edad y que además llevaban la organización y administración de mi país, cuando yo acaba de graduarme, estaba consiguiendo que hasta las piernas me empezaran a temblar.

Mi profesor, por su parte, estaba repasando que la presentación no presentaba ningún problema de último momento. Creo

que ninguno de los dos se estaba dando cuenta de los nervios que me carcomían.

Como aquel día que llegué por primera vez a Kilimanjaro, el sudor me recorría la sien. Pero por una razón completamente diferente, pues en nuestro país el sol, y con suerte, solo se hacía ver unos pocos días de verano. Tenía otra vez un dolor de cabeza y me estaba empezando a marear. Como aquel día con mis compañeros de la Fundación Omenare, la vergüenza me estaba consumiendo. No con Betty ni con mi profesor de universidad.

Es más, con Betty había conseguido entablar una bonita amistad durante estos meses que había durado proyecto. Cuando nos conocimos por primera vez por llamada, pues ella vivía en la capital de nuestro país y yo vivía en uno de los tantos pueblos rurales del sur, me comentó lo inspirador que había sido mi TFG. Que no había dudado ningún momento en contactar conmigo para llevar a cabo las propuestas que había escrito como periodista de unas personas tan desafortunadas.

Pero era mi miedo a estar delante de tantas personas importantes, con el objetivo de convencerles y hacerles participar en este cambio, el que me estaba haciendo estar así. Mi miedo a equivocarme. Mi miedo a fracasar en la presentación de un trabajo que nos había costado tanto esfuerzo. En el que habíamos invertido tanto tiempo.

Mentalmente, no paraba de repetirme que tenía que hacerlo por ellos, por los niños de la Casa Gwuayuba y por todas las personas que se encontraban en una situación similar. Porque yo contaba con el privilegio de ser su voz. De ser la voz de un pueblo que era mudo ante una sociedad sorda.

Sabía que de un día para otro no iba a cambiar el mundo. Ni Ghandi, ni Rosa Parks ni Greta Thunberg lo habían conseguido. Pero ellos eran mi ejemplo a seguir. Porque, aunque ellos no habían cambiado el mundo, habían cambiado vidas.

Y yo, con lo poco que tenía, iba a darlo todo.

Porque no perdía nada por intentarlo.

EL COLOR DE UNA SOMBRA

Inés Navarro Feliú

Siempre había sido un apasionado de los sueños. El poder escapar del absurdo de nuestro mundo y bucear en un universo totalmente paralelo en el que verdaderamente somos dueños de nuestro destino. Es el momento del día que yo siempre más he anhelado, sumergirme en un mar de posibilidades, sentir la pesada carga del poder de decisión, ser realmente dueño de mí, de mi vida.

Porque en este mundo ridículo del que somos cautivos, nos abruma el grisáceo color del suelo, de la ciudad, del cielo. Muchos tratan de calmar su ansia y desesperación con optimismo. Te dirán mil y una veces que el cielo es azul, que es brillante y claro, todo esto con la esperanza de cegar tus ojos.

Llenan tu cabeza desde la misma infancia con luminosas historias con finales felices, puras patrañas que no se asemejan en

lo más mínimo a la realidad de la vida. Pretenden apartar tu mirada de lo objetivamente correcto: el cielo es gris.

Llegada una edad creerás saberlo todo, te sentirás el dueño del mundo, el centro del universo, sentirás que el resto de planetas orbitan entorno a ti y que tú y solo tú eres lo único importante. Aún así, te seguirán repitiendo una y otra vez, una y otra vez que es azul el cielo. Inventarán fórmulas matemáticas para probarte la rectitud de sus afirmaciones, pero no te dejes engañar. No se lo permitas. No les des la satisfacción de ser blando de mente y de pensamiento. Demuéstrales que eres más que eso, más de lo que piensan.

Buscarás en tu interior otros colores: rojo, verde, amarillo. Por supuesto tu búsqueda será en vano. Tratarás mil veces más de encontrar esos atisbos de color que creías conocer en profundidad, qué ya dabas por sentado; y ¿sabes qué encontrarás? puras tonalidades y tonalidades de gris. Mires donde mires, pienses lo que pienses, siempre será en gris.

No tardarás mucho más en empezar a buscar fuera de ti. Te fijarás en todas las cosas de tu alrededor y creerás haber encontrado por fin colores, sin embargo al pararte tan solo unos instantes más frente a ellas, descubrirás el poder engañoso de tus sentidos: no eran más que miles y millones de tonos de gris, algunos más profundos que otros, pero siempre gris.

Saldrás corriendo ansiosamente de ahí hacia el exterior, hacia la calle, tan solo para toparte con el grisáceo asfalto, las grisáceas edificaciones que invaden el paisaje y los grisáceos transeúntes que con expresiones fingidas recorren a toda prisa las calles de tu alrededor.

Colapsarás. Te preguntarás si acaso hay algo que sea cierto de todo lo que pensabas saber. Estallará tu mente solo con recordar

todos esos años que pensabas ser dueño de todo conocimiento. Temerás pensar que aun habiendo descubierto lo que ni siquiera podrías haber imaginado descubrir, todavía no serás consciente de toda tu ignorancia.

Justo cuando el gris parezca no acabar y todo lo que veas sea tan monótono como tu peor pesadilla, habrás llegado. Habrás llegado a ese estado de trance en el que te sientes tan golpeado por las circunstancias, que simplemente permaneces quieto viendo tu vida pasar ante ti. Asumes tu rol de espectador y lo haces tuyo. Tu gris. No te agrada, ni te satisface pero por lo menos es algo, no es simplemente gris sino que es tuyo, tu gris.

Por fin dudas de todo. La asumes. Asumes, de una vez por todas, eso mismo que siempre habías querido evitar y de lo que siempre te habías alejado con todas tus fuerzas: tu ignorancia. No sabes nada, y nunca lo has sabido. Lo único que consigue consolar tu incertidumbre es que al fin eres consciente de ello. Ese es tu primer paso hacia la verdad.

Habrás llegado a la conclusión de que todo lo que creías cierto no lo es.

El cielo no es azul, es gris. No vivimos en un mundo justo, hay guerras, hambre y pobreza. No somos felices, nos inunda una tristeza oculta por las máscaras que nos colocamos nosotros mismos para fingir ser una sociedad perfecta.

Es justo en ese instante en el que te fijas en lo último en lo que te hubieses fijado nunca. Miras más allá de ti, más allá incluso de la realidad material que te rodea, y la ves. Quieta frente a ti. Siempre ha estado quieta esperando a que llegase el momento en el que le concedieses tu atención, pacientemente viendo pasar el tiempo y contemplando cada uno de tus momen-

tos de abrumadora desesperación. Posas tu mirada en ella casi por equivocación, pero un universo inmenso se releva ante ti tan solo en unos segundos. La ves. Finalmente eres capaz de ver tu sombra.

A pesar de que nunca se ha ido, llega a tu atención en el momento más oportuno. Es la luz al final de tu túnel de angustia, es la luz ceniza, es la luz gris. Porque ¿de qué color es tu sombra? Gris. Siempre lo ha sido y siempre va a serlo, quieras o no, lo será. No depende de ti, no lo eliges. Ni siquiera sabes por qué está ahí, solo está.

Un juicio en tu mente se inicia con este suceso. Creías haber llegado a la conclusión de que no sabías nada, pero hay algo que en todo este proceso de reflexión ha permanecido intacto. En un mundo que creías ver inundado de color, ella, tu sombra siempre ha sido gris. Ha sido melancólica, nublada, y borrosa desde el primer momento en el que la conociste. No ha cambiado. Por tanto, sí tienes certeza de algo: tienes certeza del gris.

Es en ese preciso segundo en el que te percatas de que has llegado a la verdad. Por fin eres capaz de ver la realidad desde un punto de vista objetivo, eres capaz de conocerla como es, toda gris, neutra, opaca. Te invade la serenidad de ver el mundo real. A pesar de no ser dueño de ti, calmas esa misma desesperación causada por tu impotencia con la tranquilidad de poder observar el universo entero tal cual es: gris.

Y esa misma noche, al tumbarte en tu cálido colchón y cerrar los ojos con fuerza te despedirás del mundo gris completamente lleno de injusticias, guerras, maldad y sufrimiento; para dar paso a tu mundo soñado. El universo paralelo de tus sueños. Un universo del que tú eres dueño, tú decides, tú y solo tú tienes el poder.

Si me preguntas, creo que todos compartimos un universo soñado. Más allá de nuestras ambiciones fantásticas y nuestras alocadas ideas sobre la concepción del mundo, no me cabe ninguna duda de que absolutamente todos soñamos con un mundo justo. Un mundo digno para todos, un mundo en el que no importe el país en el que hayas nacido, ni tu poder económico, ni mucho menos tus características físicas.

Yo quiero y todos queremos un mundo bueno. Un mundo en el que tú y yo seamos iguales. Un mundo que por desgracia se aleja infinitamente de la grisácea realidad.

Poseedores de este conocimiento, debemos emprender una ardua tarea que se nos ha encomendado única y exclusivamente por ser conscientes de lo verdaderamente auténtico. Debemos cambiarlo. Cambiar el mundo. Queramos o no es nuestro deber moral luchar por lograr la realidad que queremos y el mundo justo en el que queremos vivir, nuestro universo soñado.

Luchemos, somos el futuro.